

—el libro es todas estas cosas y otras más aún, es un universo de palabras y un punto en el centro de un universo

porque a su vez el libro es una palabra compuesta de billones de palabras, prácticamente

de todas las las palabras menos una, la palabra YO, ni siquiera tolerable como prefijo o sufijo

—éste, pues, es el principio del libro, de un libro que es único y en sí concluido, reunido

—de un libro que no tolera prefacios ni dedicatorias

—cualquier otra tentativa de libro debe considerarse como fallido en su nacimiento

—en el mundo fuera del libro está el vacío cósmico, la nada con las apariencias, los fantasmas, las apariciones tangibles

de la única palabra que no forma parte del libro, o sea del prefijo YO, o del sufijo YO, por lo tanto

fuera del libro está el mundo privado de forma y sustancia, inconocible, innombrable, nulo

—en el que circulan las larvas de los no libros, es decir de los objetos en que las palabras se anulan con los prefijos o los sufijos

—eso fuera del libro es el universo de los sueños, un universo irreal, de MUERTE

—en el interior del libro nada nace precisamente, así como nada muere nunca, todo prosigue desarrollándose

por sucesivas transformaciones imperceptibles o rápidas, cada palabra es una síntesis

—sé que nadie ha muerto nunca porque nadie ha vivido nunca, pero ahora veo finalmente la muerte

insinuándose en el chiste que cuentan los empleados, en la publicidad de los zapatos,

en la línea del último modelo de automóvil, en el móvil proyectado por el arquitecto más célebre,

en el edificio y en la canción —en todas estas cosas y en otras numerosísimas ya serpentea la muerte

—y veo bandadas de palabras, enteras partes del libro cantando inconscientemente un desplegado canto de muerte

—y saludo a la muerte que llega en ascensor, en aeroplano, en autobús

—saludo a la muerte en minifalda con la sonrisa más límpida, a la muerte que lanza el puño, que habla,

—que canta de manera vulgar, que vulgarmente baila o vulgarmente ríe, saludo a la muerte que vive

—en el pulular de larvas que la corrupción del libro ya manifiesta en acto y comporta

—y finalmente me doy cuenta de no estar solo, que nunca hubiera podido estar solo, que en el libro muchas palabras

empiezan o terminan con el YO prefijo o sufijo, me doy cuenta de la muerte así como me doy cuenta

de mi muerte, pero también veo que el libro es todavía sólido, enorme, compacto

en su ilimitada masa de palabras y de números, he comprendido que el libro

aún no tiene conciencia de la propia muerte y que nunca podrá tenerla, que aún piensa que es posible

pactar con el YO, absorber la palabra muerte como palabra, computarla en un catálogo◇

Este es un fragmento de Il millennio che muore, un irónico y desesperado poema de Sebastiano Vassalli. El poema dirige sus baterías en contra del libro, cuyo final marcado con palabra FIN indica también el final de la existencia. Vassalli afronta con vitalidad y coraje el escollo, el fantasma y la trampa tendida por la muerte. Y afronta el problema desde un punto de vista histórico-cultural: es el milenio que muere, y con él, quizá, una idea de la muerte. Es el concepto del yo que debe cambiar, y el concepto del yo que cambia siguiendo mutaciones profundas. La visión de Vassalli imprime el sentido de la transformación y queda como punto de referencia de un discurso necesario. El mundo no puede identificarse con un libro ni un libro puede contenerlo; la

fuerza del texto consiste precisamente en esta escritura fragmentaria y efímera.

Sebastiano Vassalli nació en Génova en 1941. Desde hace muchos años vive en Novara. Con Squarotti, Groppi, Locatelli, Xerra y Caruso forma la editorial "Ant. Ed." en 1968, de la cual se originó el grupo "Pianura".

Ha publicado: Narcisso, ed. Einaudi, Turín, 1968; La poesía oggi, Ant. Ed., 1971; Il millennio che muore, 1972; Il libro dell'utopia ceramica, Longo, 1974; la novela L'arrivo della lozione, Einaudi, Turín, 1977, y Tempo di massacro, Einaudi, Turín, 1970.

Sección a cargo de Guillermo Fernández